CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

EUCARISTÍA Y RECONCILIACIÓN, EXPRESIONES DE MISERICORDIA

"Eucaristía y reconciliación, expresiones de la misericordia", este es el título de esta reflexión.

Voy a tomar **dos versículos emblemáticos** para servirme en esta ocasión:

- El primero en torno a la Eucaristía, Lucas 22, 19 "*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía*".
- El referido a la reconciliación, Juan 20, 22-23 "*Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados*".

Entonces, se trata de que descubramos como todos los sacramentos, obviamente ¿no?, todos los sacramentos son expresión de la misericordia de Dios, pero entre los sacramentos hay algunos que yo diría que con los que convivimos diariamente, hombre, el sacramento puerta es el bautismo, pero los **dos sacramentos con los que convivimos diariamente** y recibimos una y otra vez son especialmente: la Eucaristía y el perdón de los pecados, son los dos sacramentos que reiteramos y reiteramos, y nos viene bien para caer en cuenta de que todos los sacramentos son expresión de la misericordia de Dios.

Entonces, claro, voy a intentar ser escueto y sobre cada uno de estos dos sacramentos, primero Eucaristía y luego perdón de los pecados, presentaros algunas pinceladas, digamos, voy a hacer siete pinceladas de la Eucaristía y cinco pinceladas del sacramento del perdón de los pecados ¿de acuerdo? Vamos allá.

La Eucaristía, siete pinceladas.

1) **La primera, la Eucaristía nos hace reconocer el don de Dios, nos enseña a vivir en acción de gracias,** de hecho, sabéis que la palabra "Eucaristía" significa eso en griego "acción de gracias".

   Vamos a ver, yo, no sé ustedes, pero yo no conozco una persona feliz que no sea agradecida, las personas felices suelen ser super agradecidas. Yo no conozco a un amargado que sea feliz, no, obviamente, ¿no? La gratitud es la parábola de la felicidad y la ingratitud es un retrato de la infelicidad.

Entonces, yo creo que la Eucaristía nos quiere abrir los ojos para que seamos sensibles para descubrir los dones de Dios y en todo dar gracias, en todo dar gracias. Es curioso porque las personas agradecidas no suelen ser necesariamente las que más tienen, sino son las que más descubren el don de Dios. Por eso digamos que la Eucaristía es una escuela privilegiada que nos enseña a admirar los dones de Dios.

Por ejemplo, nuestro pueblo de Dios con frecuencia suele decir: "Quiero encargar una misa en acción de gracias.", eso muchas veces ocurre, alguien encarga una misa en acción de gracias porque dice, "*¿Dónde puedo yo expresarle a Dios mi gratitud*?", aquí en la Eucaristía.

Entonces la misericordia la descubrimos cuando dejamos de considerar nuestra vida como que me pertenece por derecho y me doy cuenta de que todo es don, todo es regalo. ¿Qué tengo yo que no haya recibido? si todo es don, si todo es gracia, existimos porque hemos sido amados, yo existo, con perdón de Descartes "*Soy amado, luego existo*" ¿sabes?, nada de que "*Pienso, luego existo*", no, no, perdón, "He sido amado, luego existo". Eso es lo que ha fundado mi existencia, que he sido amado incondicionalmente, he sido redimido por Él y todo ello lo recibo en la Eucaristía.

Entonces una espiritualidad eucarística profunda nos tiene que enseñar a ser agradecidos y esto tiene que tener consecuencias inmediatas en nuestra vida.

Tenemos que luchar porque desaparezca en nosotros la tendencia a la queja permanente, a la amargura, etcétera, que suele ser siempre existe una tentación desde quejarse, y me quejo y me siento como una víctima, "*Todo me toca a mí porque pobre de mí*", a veces esto es muy de nuestro tiempo. El victimismo es muy propio de nuestro tiempo, es un mal de nuestro tiempo, "*Pobrecito de mí, todo me toca, todo de no sé qué*…", a ver, así no se va a en ningún lado. Eso es como una nube que se te pone aquí encima ¿sabes?, se te pone una nube y no ves los dones de Dios, y venga que hacer un relato y te cruzas con alguien por la calle, venga a soltarle todos mis males, venga… a ver un momento tú, tenemos un problema.

San Juan XXIII dijo esta frase: "*Toda queja es inútil y una ocasión desperdiciada para agradecerle a Dios*.", vamos a ver San Juan XXIII: "*Toda queja es inútil y una ocasión desperdiciada de agradecer a Dios*". Las quejas son un agujero negro, que dirían los astrónomos, las quejas son un agujero negro en el que se desintegra la energía ¿sabes?, por ahí no vas a ningún lado. Las quejas son como las mecedoras, te entretienen, pero no te llevan a ningún sitio, ahí me estoy meciendo en las quejas, te estás entreteniendo y no vas a ningún lado.

Entonces, tenemos que educarnos en tener una disciplina de arrancar las quejas como si fuesen pensamientos impuros. Cuando nos viene un pensamiento impuro, ¿qué nos han enseñado? pues que se rechaza, pues cuando nos viene un espíritu de queja, hay que cortar por lo sano, porque eso te va minando el alma, te va poniendo una nube aquí ¿sabes? que en el fondo te impide gozar de Dios.

Por eso, la primera dimensión de la Eucaristía es la educadora de nuestro corazón para el agradecimiento.

2) **<u>En segundo lugar, sin duda alguna, la Eucaristía me educa para la escucha</u>**, para la escucha.

Yo voy a la Eucaristía y la proclamación de la palabra me interpela, eso que se está proclamando ahí está dicho para mí, no vengo aquí a buscar información "*A ver si aprendo cosas de la Historia Sagrada*", a ver, eso no es así, "*Voy a ver si el Señor qué tiene que decirme, en qué me interpela*", "*Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero".*

Es tan importante preparar bien la Eucaristía a la que asisto, es tan importante haber leído las lecturas para que así cuando sean proclamadas resuenen en mí de otra manera, es que si no llego yo allí y entre que uno lee regular y tú estás poco atento, la palabra … resbala, resbala. Vamos a dejarnos interpelar a la Eucaristía, y uno no sale nunca indiferente si así ha participado. Cristo ilumina nuestros pasos, te habla, te orienta, te corrige, te consuela, claro, todo eso acontece cuando la palabra de Dios es interpelada.

Yo puedo contar muchas anécdotas de esto, pero hay una muy graciosa y es que recuerdo que, todavía no era obispo, era sacerdote, y para ser sinceros no recuerdo cuál era el evangelio y no recuerdo de qué prediqué, pero cuando terminó la Santa Misa, entró en la sacristía un señor y me mira y me dice: *"¿Qué? ¿Ha venido mi mujer a hablar con usted no?*", y yo le dije: "*Bueno, mire usted, vamos a ver, yo no sé quién es su mujer, pero yo creo que sí que hay alguien que quiera hablar con usted, y es Jesús, nuestro Señor, que no sé qué será lo que yo he dicho, que a usted le ha tocado el corazón, pero algo tendría que decirle. Ahora usted no se ponga a la defensiva ¿sabe?, y deje que esa palabra le cuestione lo que tenga que cuestionarle.*" O sea, vamos a dejar que la palabra de Dios penetre, nos interpele y nos interpele.

Por tanto, Jesús tiene misericordia de nosotros cada vez que la palabra … porque nos corrige y nos consuela, te corrige y te consuela, te corrige y te consuela, Jesús hace esas dos obras de misericordia. ¿Recordáis que hemos estudiado de las obras de misericordia? ¿no?, y una es corregir al que hierra, dar buen consejo al que lo necesita, también dice tener paciencia con los defectos del prójimo, es difícil compaginar todo eso ¿no?, porque dice "*A ver cuándo corrijo y cuándo tengo paciencia*". Así hace Jesús con nosotros. que te corrige, pero no te lo corrige toda la vez, va poco a poco, porque si te lo corregiste toda la vez acabaría contigo: "*Voy poco a poco con tus defectos. Dame tiempo",* ¿me explico?*, "dame tiempo", "y ahora te ilumino esto, luego te ilumino lo otro*", el Señor tiene misericordia y es un gran pedagogo. Si Dios nos dijese ahora todo lo que tenemos… no podríamos recibirlo, pero es importante dejarnos iluminar, interpelar, consolar por la palabra de Dios.

3) **<u>Tercera pincelada, tercera dimensión, la dimensión sacrificial de la Eucaristía</u>**.

¡Ojo!, que yo diría que igual <u>es hasta casi la principal</u>: la dimensión sacrificial, aprender de Cristo a entregar la vida, porque es que en la Eucaristía acontece

sacramentalmente eso que dice Jesús: "*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*".

Entonces, esto es algo muy serio, la Eucaristía me introduce en una dinámica en lo que yo estoy llamado a que todo lo que tú vives en tu vida… tú que eres estudiante y que ahora empieza el curso y tienes una pereza… entrégate plenamente, entrega tus talentos. Tú que estás diciendo: "*Madre mía, el lunes de nuevo a la fábrica*", entrégate, entrégate, o sea, mi entrega. Tú que tienes un diagnóstico serio de salud y que te tienen que operar, entrégate, entrega tus miedos, entrega tus talentos. Eso forma parte del sacrificio de Cristo, es la dimensión sacrificial, todo lo que pasa en esta vida se aprovecha, no se desperdicia nada, todo tiene que convertirse en una ofrenda junto con Cristo al Padre.

Leí, no hace mucho un artículo que me enamoró. Era una revista de familia y escribía un artículo una madre de familia, una madre de una católica familia numerosa, pero que ella hace un gran sacrificio, pues porque también ella trabaja pues para intentar… no les llega con el dinero para que únicamente pues con el sueldo del marido puedan vivir. Va a la oficina, pero a primera hora de la mañana no se sabe cómo saca su tiempo para ir a la Eucaristía, fíjate tú. Va a la oficina, y contaba ella que cuando por la tarde se acerca al hogar, claro, tú fíjate, ha madrugado, todo el día en la oficina, vuelve a casa y tiene los niños y dice, empieza a escuchar al otro lado de la puerta ya los gritos de los niños, el rumor y tal, dice: "*Madre mía, la que me espera aquí ahora los baños, lo otro, los deberes, los colegios, las cosas.*" Está esperando, y dice ella que sintió un momento, un momento de "*Madre mía, yo que yo quisiera ahora sillón en el que tumbarme para descansar*", y dice que sintió que Dios le impulsaba a introducir su llave, la llave en la cerradura, y que abrió la puerta diciendo: "*Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros*." Yo dije: "Madre mía", leí eso y dije: "*He aquí una mujer que ha entendido la Eucaristía*", esta mujer ha entendido la Eucaristía, la está viviendo, para ella ser madre es darlo todo. Esta mujer no tiene para ella 1 metro cuadrado, llega a esa casa y los niños no tienen, tú no tienes ni intimidad con los niños, lo dan todo. Esta mujer no tiene un minuto para sí, ¿qué minuto va a tener?, lo ha dado todo, lo da todo.

¿Por qué hoy en día está ocurriendo que nos cerramos a la vida y no tenemos hijos? ¿Por qué hoy en día estamos en una crisis de natalidad tremenda? La crisis de natalidad que estamos viviendo no es una fotografía, es una radiografía de lo que pasa en nuestro corazón, que claro que nos da miedo entregarnos porque eso te lo pide todo, te pide dar la vida.

Entonces, la Eucaristía tiene esta dimensión sacrificial de entrega, que es una llamada, lo que dice Romanos 12, 1: "*Ofreced vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios*". Cada vez que vas a la Eucaristía y participas, tú haces ofrenda de tu vida, tú no vas solo como un testigo para ver lo que hizo Jesús, sino para unirte ofrenda a la de Jesús, eso es la Eucaristía.

4) **Cuarta pincelada, la dimensión de la comunión que hay entre nosotros**, dejar que la misericordia nos reconcilie.

La Eucaristía no es un encuentro individualista entre Jesús y yo, es la edificación de la comunión de la Iglesia. El pan es uno y así tenemos que, nosotros que somos muchos tenemos que ser formar un solo cuerpo porque hemos participado de la misma eucaristía, o sea, que la Eucaristía tiene que llevar a la reconciliación entre nosotros, a la reconciliación. Y así cumpliremos lo que dice ese episodio de Mateo 5, 23: "*Si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja primero la ofrenda, vete primero a reconciliarte y ya volverás*".

Es que a veces igual participamos en la Eucaristía de manera indebida, porque dos personas que están comulgando, estando peleadas entre ellas, igual están haciendo una comunión sacrílega, igual esa comunión no está bien hecha.

Yo os puedo decir que entre las cosas que en mi vida más me han conmovido, a veces en una Eucaristía, tú sabes que esta persona y la que están allí sentadas porque el cura sabe cosas, los curas sabemos cosas, tú sabes que este que está aquí y el otro que está allá tienen un enfrentamiento y un odio gordo, tema gordo. Y tú has predicado el perdón de Cristo, y llega el momento de darse la paz, y de repente ves que este que está allí se sale de su fila, se va hasta el otro lado y le da la mano al otro, y dices tú "*Toma*", diciendo: "*Aquí, aquí ha habido eucaristía, ¿sabes?*", aquí ha habido eucaristía. Claro, este se la toma en serio, este sabe dónde está, aquí no estamos de turismo, aquí no nos estamos entreteniendo, estamos dejando que la pasión de Cristo nos hermane. Esto es un tema serio, participar de la Eucaristía y tener en nuestro corazón rencores, que no puede ser, no.

Es curioso, no sé si a ustedes han caído en alguna vez en cuenta de esto, que, en español, por lo menos, la palabra comunión significa dos cosas, comunión significa recibir el pan de Jesús y comunión necesita la unión entre nosotros, estamos en comunión. Es curioso que la palabra tiene los dos significados: recibir el pan de vida y estar en unión entre nosotros, es la comunión, "la común unión". Luego esto es una clave muy importante de la vida eucarística.

5) **Quinta pincelada de la misericordia eucarística, la dimensión de la intimidad, la intimidad con Dios.**

Porque es que estamos llamados a que la Eucaristía nos lleve también a la adoración, a la intimidad con Dios. El momento de la comunión es un momento muy íntimo, el momento más íntimo que podemos tener con Dios en esta vida. Ojalá nuestras comuniones tuviésemos en ellas verdadera intimidad, ojalá en ellas pudiésemos decir cómo se escucha en el evangelio, en el episodio de la transfiguración en el monte Tabor: "*Qué bien se está aquí. Hagamos tres tiendas*". Ojalá yo, este momento de intimidad que tengo con Jesús, después de comulgar, fuese el momento eterno.

Un buen test para evaluar la vida eucarística es que uno sienta necesidad, después de haber comulgado, de estar un rato en acción de gracias. A veces en algunos lugares terminan la misa y de repente aquellos se convierten en un lugar en el que todo el mundo rompe hablar.

Les voy a contar la anécdota de que yo siendo párroco, pues también yo a veces vivía un poco esto: "*A ver, guardamos silencio, si alguno, si tenéis que hablar entre vosotros, al terminar la misa salís fuera y habláis, pero guardemos silencio en el Templo para quien quiera tener acción de gracias*". Yo solo lo decía mucho sin ningún éxito, o sea, no me hacían caso y eso era predicar en el desierto. Pero resulta que una chica de la parroquia tuvo vocación de Carmelita, entonces aquella chica, claro, se le notaba que tenía ese don, y, cuando terminaba la misa, ahí se plantaba de rodillas como si los demás no existiesen, como si los demás no existiesen, se recogía haciendo oración. Entonces, lo que yo decía y nadie me hacía caso, ella, sin decir nada, consiguió que la gente tuviese un silencio… un silencio de entender que allí había un misterio. Es que esa chica tenía una intimidad con Jesús porque acababa de comulgar, y entonces consiguió ella lo que no conseguí yo, pero además ella sin hablar.

O sea, que creo que tenemos que entender que una dimensión de la Eucaristía es la intimidad con Jesús. Y lo lógico es que, si uno recibe bien la Eucaristía, busque la adoración eucarística.

He visto con mucha alegría que aquí en México, en muchos lugares, se expone el santísimo sacramento. El otro día me quedaba sorprendido, una parroquia y la siguiente y la siguiente, decía: "*Madre mía, eso en España no es tan fácil*." Pero es muy importante que la adoración eucarística sea mi lugar favorito en el que yo descanso en Cristo, en el que tengo esa intimidad.

Yo os haría una pregunta: ¿dónde tengo mi descanso? ¿Mi descanso está en la Eucaristía o mi descanso está en el móvil? Que es lo típico hoy en día, es lo típico, mi descanso está en el móvil. Esa es una pregunta.

6) **Sexta pincelada, el pan compartido, la misericordia que se convierte en misión.**

El pan que recibimos es pan partido y compartido, Cristo se nos da para que también nosotros aprendamos a darnos. La Eucaristía nos lleva obviamente a los heridos, a los necesitados, a los pobres.

De hecho, fíjese bien, hablamos en el Padre Nuestro pedimos: "Danos hoy el pan, el pan de cada día". ¿Qué pan es? ¿Qué pan es ese? en la Tradición de la Iglesia, ese pan es un triple pan: el pan de trigo que alimenta el cuerpo, el pan de la cultura porque la cultura también es pan, el pan de la cultura, que también obviamente educa al hombre, le alimenta al hombre, y está el pan de la Eucaristía que alimenta nuestra alma. Luego hay tres panes, el pan de trigo, el pan de la cultura y el pan eucarístico.

Y la Iglesia se ha prodigado al mismo tiempo en su evangelización en esos tres panes: la Iglesia intenta dar de comer al hambriento, la Iglesia intenta enseñar al que no sabe y tiene una obra educativa, y, en tercer lugar, la Iglesia también da el pan de vida eterna que es la Eucaristía. Es tres en uno ¿sabéis?, tres en uno: el pan de trigo, el pan de la cultura y el pan de la Eucaristía.

Y entonces yo eso lo tengo que tener en cuenta cuando participo en la Eucaristía, y de mi vida eucarística se tiene que desprender ese compromiso de darle al mundo lo que necesita para vivir, que es obviamente las necesidades materiales, las necesidades también de cultura, de enseñanza, y la necesidad de Dios. Vamos adelante.

7) **Séptimo lugar, la séptima pincelada, la dimensión escatológica de la Eucaristía**.

La Eucaristía es para mí mi alimento para poder caminar hacia el cielo, hacia el cielo. "De la Eucaristía al cielo" ¿sabes? ¿Qué puedes esperar más que la Eucaristía? el cielo, tú en la Eucaristía te unes a Jesús y estás con Él. En el fondo, en el fondo, el cielo ya ha comenzado en la tierra cuando comulgas, porque el cielo es estar con Dios, si la comunión es estar con Dios, el cielo es la comunión, claro, lo que pasa es que aquí no lo puedes disfrutar plenamente y allí lo podrás disfrutar plenamente por la visión beatifica.

Pero, hay una expresión de San John Henry Newman, que no sé si lo conocéis, es un santo inglés que es una maravilla, San John Henry Newman es un converso del anglicanismo al catolicismo. Hay una expresión suya que dice: "*La Eucaristía es el cielo en el exilio, y el cielo es la Eucaristía en casa*.", es una expresión bonita. Si, la Eucaristía es la antesala hacia el cielo.

Y, de hecho, la Iglesia suele ofrecer la Eucaristía como viático a los enfermos, viático, la provisión para el camino. La Iglesia hasta le da una especial solemnidad a esa última comunión, que intuimos que este enfermo quizás puede comulgar quizás por última vez, porque es Cristo el camino que le va a llevar a la vida. Aquí recibe a Jesús en la Eucaristía, cuando esté más allá de esta vida, se encontrará con Cristo cara a cara y al despertar se saciará de su semblante. O sea, que la Eucaristía me prepara para el cielo.

Dice Primera Corintios 11, 26, "*Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor hasta que Él vuelva*", te preparas para cuando vuelva y te lleve con Él.

Bien, estas son unas pinceladas, he dado siete pinceladas sobre por qué la Eucaristía es sacramento de misericordia.

El sacramento del perdón de los pecados, cinco pinceladas.

Pero recuerdo que el título de la charla no sólo era la Eucaristía, sino que era la Eucaristía y el sacramento de la reconciliación: "*Eucaristía y reconciliación, expresiones de misericordia*".

Entonces, voy ahora también a dar cinco pinceladas sobre el sacramento de la reconciliación, del perdón de los pecados, como experiencia de misericordia. Hemos

leído el texto ese de Juan 20: "*A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados*", es impresionante ¿no? Vamos.

¿Y cómo elegiríamos las cinco pinceladas? Bueno, pues yo creo que lo mejor es ir a lo sencillo, las cinco pinceladas las vamos a elegir de los cinco pasos que nos han enseñado desde pequeñitos, los cinco pasos que viene el sacramento de la confesión: examen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de enmienda, confesar los pecados a sacerdote y cumplir la penitencia. Sigamos esos cinco pasos y de ahí tendremos cinco pinceladas.

1) **Primero, examen de conciencia.**

   Vamos a ver, Dios tiene misericordia con nosotros y nos permite conocernos desde Dios, desde los ojos de Dios. El examen de conciencia cristiano no consiste en hacer un inventario psicológico de todos mis defectos, sino en preguntarme ¿cómo me ve Dios?, o sea, vernos a la luz de su mirada, a la luz de su mirada, yo quiero ver mi vida como Dios la ve.

   Por eso suele ocurrir curiosamente que en la vida espiritual cuando uno más se acerca a Dios, se ve más pecador. Esto suele ocurrir, que el que está lejos de Dios dice: "*Yo ni robo ni mato, yo soy buena persona*", bueno muy bien, cuando uno más se acerca a Dios, pues ve más su pecado. Santa Teresa de Jesús tiene una imagen, una imagen muy bella, dice ella hablando de este tema, dice Santa Teresa que estando en la habitación pues la ventana entrecerrada, más bien cerrada, pues uno le parecía que la mesa estaba limpia, pero claro, abriendo la ventana y entrando la luz del sol sobre dice: "*Mira cuánto polvo tenía la mesa*". Claro, el polvo ya estaba antes, lo que pasa es que no había luz para verlo, no había luz para verlo. Así nos pasa en esta vida, claro, en esta vida lo que ocurre es que, si tú dejas que la luz de Dios entre, obviamente eres consciente de tu pequeñez y de tu pecado.

   Luego, fíjate, es una misericordia de Dios, que Dios nos permita tomar conciencia de nuestra de nuestro pecado, de nuestra condición pecadora. Yo cuando administro el sacramento del perdón de los pecados, y te viene alguien con el peso y con la conciencia de decir, "*Madre mía, soy un profundo pecador*", le digo, "*De usted gracias a Dios de darse cuenta de eso. Créaselo de verdad*", ¿me explico? "*Créaselo de verdad y dele gracias a Dios de su infinita misericordia*", de tener conciencia de nuestro pecado.

   Acordaros de esa parábola del publicano, el fariseo, el publicano, decía: "*Ten piedad de mí, que soy un pecador*", claro, es una gracia de Dios, porque es la luz de Dios la que te ha permitido verlo, si estuvieses lejos de Dios, ni te enterabas.

2) **Segunda pincelada, mirar nuestro pecado desde el corazón de Dios, no sólo desde la mirada de Dios, sino desde el corazón de Dios, que esto es la contricción: el dolor de los pecados**.

   Es el dolor del pecado, no por haber "fallado", que a veces me duele que "he fallado", "¡Ahí va! ¡Otra vez he fallado!", si vas por ahí, vas mal. A mí no me duele el haber fallado, me duele el haber ofendido a Dios. Entonces la contricción consiste en el dolor de haber ofendido a Dios, y ¡ojo a esto que voy a decir!: y también

consiste en la alegría de sabernos perdonados por Él. La verdadera contricción mezcla las dos cosas: dolor por haber ofendido y la alegría de que sé que Dios, que ha sido ofendido, quiere perdonarme.

El ejemplo perfecto está en la "Parábola del hijo pródigo". Porque el hijo pródigo tiene un primer momento en el que tiene una contradicción muy imperfecta cuando él dice: "*Madre mía, estoy aquí yo lejos. O sea, cuánto mejor estaría en casa. Volveré, volveré. He cometido un error completo en esta vida. Mira que me lo dijeron. No hice caso. Qué tonto he sido. Mira aquí cómo estoy. Como un desgraciado. Volveré a casa de mi padre*", en ese caso lo que le está doliendo es el haber fallado él. Pero cuando él regresa, y ve que su padre le estaba esperando y sale de casa a buscarle, y además sale con un corazón alegre por encontrarse con él, en ese momento es cuando se percata del tema, es cuando en ese momento le empiezan a doler de verdad sus pecados, dice: *"¿Cuánto le he ofendido yo a mi padre para que ahora se alegre así? Este alegrón que tiene mi padre es proporcional a lo que ha sufrido. Si no hubiese sufrido mucho mi padre, no estaría ahora emocionado como está*". O sea, la contrición mezcla mi conciencia, mi sufrimiento por haberle ofendido a Dios y la alegría de ver que Dios en este momento celebra la fiesta del arrepentimiento.

Podemos llegar, debemos de llegar, a llorar de dolor y de alegría por mis pecados, las dos cosas nos las decían. Yo creo que es algo que es signo de una buena contricción: "*No sé si lloro de dolor o de alegría*". Eso San Ignacio de Loyola, San Ignacio de Loyola habla de ello en los "*Ejercicios espirituales*" bajo el nombre de "el don de lágrimas". El don de lágrimas es que alguien llora sus pecados porque me duele, y al mismo tiempo, o sea, me lleno de alegría de saber que Dios este dolor tan grande para Él es una alegría el poder perdonarlo. Dolor, porque hemos descubierto el mal que hemos cometido y el amor que hemos rechazado, pero alegría porque descubrimos que, a pesar de nuestro pecado, Dios no nos deja de amar.

Hay una película que no sé si la habrán visto, supongo que los jovencitos igual no la habéis visto, los jóvenes, porque claro, ya han pasado muchos años y os voy a hablar de una película de 1986, cuando vosotros estabais en el seno del padre ¿no? Entonces ahí hubo una película que se llamaba "La Misión", la famosa película de "La Misión", en la que el protagonista principal era Robert de Niro. Era una película que estaba en el contexto de las misiones jesuitas, las reducciones jesuitas, en aquel momento de la evangelización. Y entonces Robert de Niro, que su personaje era Rodrigo de Mendoza, Rodrigo de Mendoza había sido un mercenario y un traficante de esclavos, y en una disputa había matado a su hermano y eso a él le había dejado hecho polvo el matar a un hermano tuyo en una pelea con él, y no se lo perdonaba a sí mismo, no se lo perdonaba, estaba superarrepentido. Mira, no le dolía mucho lo de haber traficado con esclavos, y sin embargo le dolía haber matado a su hermano ¿sabes?, y ahí le tocó Dios para arrepentirse, porque Dios siempre tiene un sitio en el que tocarte el corazón, por muy endurecido que lo tengas, ahí le tocó. Y entonces aquel hombre quiso cambiar de vida, dejar su vida anterior y comenzar una vida de penitencia. Y entonces arrastrándose por la selva, le habían puesto como penitencia que arrastrase una pesada carga con su antigua armadura y con la espada de guerrero, evocando su vida anterior con la cual quería romper. Entonces va subiendo las cataratas del Iguazú, que es un momento en que la película es bellísima. Peligrosísimo subir las cataratas así, pero él sigue con todas sus armaduras, se llega

a encontrar ahí arriba junto con los jesuitas, se encuentra con los indios, con los indios a los cuales él antes había maltratado. Y ahora, sin embargo, esos indios al verle ya no vestido como un mercader, mercader de esclavos, sino al verle vestido como un hombre penitente que llora y llora y llora lo que ha hecho, esos indios le perdonan, se ríen con él, se ríen. Y entonces aquel hombre es una escena para mí maravillosa, porque el hombre rompe a llorar, y rompe a llorar, claro, eso solamente lo hacen los actores que tienen esa capacidad, pero Robert De Niro comienza llorando y termina riendo sin que sepas en qué momento ha pasado de llorar a reír, diciendo: "*¿En qué momento este hombre ha pasado de llorar a reír*?" Y creo que es una escena perfecta de lo que es el acto de contricción, "*No sé si lloro o río, porque es que sé que mi vida es un gran dolor en el corazón de Dios, pero gozo y me alegro por lo que es el perdón misericordioso de Dios*.

"*No sé si lloro o río*", ese es el acto de contricción. Y creo que tenemos que pedirle a Dios ese don, porque obviamente de todo lo que es el sacramento de la confesión, esto es lo más importante, claro, toma es lo más importante.

3) **<u>Tercer lugar, el propósito de enmienda</u>**.

Propósito de enmienda, qué <u>es la esperanza de santidad</u>, yo no únicamente tengo un dolor y una alegría, también tengo un <u>propósito de "reordenar mi vida</u>". Quizás no tenga la seguridad de que jamás volveré a caer, eso sería una presunción, pero sí tengo la esperanza, <u>la esperanza de que Dios no me va a abandonar en mi lucha hacia la santidad</u>. Es la esperanza en la santidad que nos conlleva a estar determinados, con firme determinación, para romper con el pecado y caminar hacia la santidad.

Os voy a decir una de las cosas que más me ha conmovido en la visita que hice al Santuario de Guadalupe, yo eso en España no lo conocía, y vi que de repente allí había una capilla con "*<u>La Capilla de los Juramentos</u>*", y me acerqué por allí y me dice una mujer: "*Padre, padrecito, ¿nos va a usted recoger los juramentos*?", le dije, "*Discúlpame que yo vengo de visita*". Y venía un poco curioso a ver qué hacían, había una cola larguísima de gente que estaba esperando para entrar dentro para hacer sus juramentos. "*Y ¿qué es lo que ustedes juran?"*, le pregunté, "*Pues miré, es que venimos aquí a hacerle un juramento a Dios a través de la Virgen de Guadalupe. Yo voy a pedirle que me ayude a dejar de beber*", y el otro me enseña su papel y va a dejar lo otro, el otro lo otro. Y ahí cada uno sin ninguna vergüenza, ¿sabes?, cada uno allí iba diciendo qué juramento quería hacerle a Dios para romper con el pecado. Y yo me quedé perplejo, dije, "*A esto se llama propósito de enmienda*", esta gente viene aquí a tomarse en serio de que yo tengo una lucha en mi vida, y como sé que soy débil, vengo a pedir a poner el nombre de Dios y que la Virgen de Guadalupe me llame para buscar…, yo dije, "*Madre mía*." A la mujer le pedí si…, pero además la estampa la rellenan, rellenan la estampa y pone pin pin pin … y, luego ahí delante del sacerdote de cinco en cinco, cada uno lee lo suyo, el sacerdote les da una bendición. Dije: "*A esto se le llama propósito de enmienda, pero tomándoselo en serio", c*ada uno sabe cuáles son sus esclavitudes y "*yo voy a luchar a muerte, voy a luchar a muerte*", ¿me explico?, "*pues porque sé que yo tengo un problema con el internet utilizando esto, y tengo lo otro, y tengo lo otro, voy a luchar a muerte*." Y estoy seguro que en esa humildad de quien recurre y le pide a la Virgen de Guadalupe eso, dije: "*Madre mía, Dios les tiene que asistir*".

El que comenzó en nosotros la obra buena, Él la llevará a término. Por lo tanto, esto del propósito de enmienda es el compromiso de no pactar con el pecado, "*Voy a estar en guerra con él. No voy a pactar con la mediocridad*". Cada uno sabe dónde tiene su batalla.

Recuerdo un grupo de jóvenes, allí en España, que me vinieron pidiéndome que yo les bendijese porque querían luchar para no entrar en la pornografía, y claro, se daban cuenta de que estaban enganchados, y entre ellos habían tomado la determinación de instalar una aplicación en la que uno ve también sus compañeros dónde han entrado, y era como custodiarse mutuamente, "*Nos vamos a custodiar y no vamos a entrar en páginas de ese estilo*. *Y venga, entre los seis lo hacemos*". Y van y me piden una cita para que yo les dé la bendición y comiencen la experiencia, dije, "*Madre mía, esta gente se ha tomado en serio. Esto se la ha tomado en serio"*.

Dios tiene una infinita misericordia con nosotros dándonos su perdón. Pero eso, pero fíjate, cuando Dios da su gracia, el hombre suda ¿sabes?, o sea, tenemos que dar la batalla, no porque Dios de su gracia, nosotros dejamos de tener una batalla, Dios te permite dar la batalla y cada uno sabe por dónde le aprieta el zapato.

Y en esa cola de Guadalupe había promesas muy diversas. También encontré a unos novios, escuchad esto los jóvenes: porque también me encontré a unos novios que querían ofrecerle, querían hacer un juramento ante la Guadalupana de vivir su noviazgo castamente. Dijo, "*Y vamos a hacer esta promesa*.", y dije yo: "*Fíjate tú estos*".

4) **Bueno, en cuarto lugar, en cuarto lugar, confesar los pecados al sacerdote, que es la objetividad de la mediación eclesial**.

La misericordia cristiana no queda reducida a mi experiencia subjetiva de sentirme perdonado, sino que voy ante la Iglesia para escuchar de labios de un ministro: "*Yo te perdono en el nombre del Padre*". Es decir, hay una palabra objetiva de "mediación sacramental" en la que la Iglesia te da el perdón de los pecados.

Cristo quiso que su perdón llegase a nosotros mediante una mediación sacramental objetiva: "*A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados. A quienes se los retengáis, les quedan retenidos*". Porque el sacerdote, no os escandalicéis porque diga esto, quizás también en algún momento no debe de dar una absolución si ve que no hay arrepentimiento suficiente, claro, no debe de darla. Un sacerdote en ese momento tiene que hacer un discernimiento, y Cristo les pidió a los ministros que lo hiciesen. Por eso acudimos al sacerdote, no porque el sacerdote sustituya a Cristo, sino porque Cristo actúa a través de Él. No soy yo el que me perdono a mí mismo los pecados, recibo el perdón de Cristo a través de la Iglesia, si no fuese eso así, que sería un sufrimiento decir: "*¿Me habrá perdonado Dios*? *¿No me habrá perdonado?*", a ver, sería un cierto lío si uno no tuviese esa palabra de confirmación del perdón, del perdón de los pecados.

No sé si conocéis un detalle de la vida de San Ignacio de Loyola. San Ignacio de Loyola, él cae herido antes de su conversión, cae herido en la defensa del castillo de Pamplona en una batalla. Y claro, la batalla era, vamos, un atrevimiento, porque estaban defendiendo un castillo frente a unas tropas que eran mucho más, que

venían de Francia, mucho más numerosas, y todo el mundo le miraba a Ignacio y decía: "*Vamos a rendirnos, vamos a rendirnos*.", el otro "*Que no, que no, que vamos allí*". Claro, pero cualquiera se rendía con un capitán así, no les permitía rendirse. Entonces, Ignacio de Loyola ve que en esa batalla puede morir e intenta confesarse, pero no había sacerdote. Entonces, ¿qué hizo? a un soldado le dijo: "*Escúchame en confesión*". Obviamente el soldado no le puede dar el perdón de los pecados, pero sí es un signo, ¿sabéis esto?, no sé si lo conocéis, pero la Iglesia, cuando alguien está en peligro de muerte y no tiene un sacerdote para confesarse, invita a confesar tus pecados ante un laico, a que te los escuche, ese laico, por cierto, tendrá deber de guardar el sigilo sacramental como si fuese sacerdote. Y significa para ti que: tú los pecados no te los perdonas a ti mismo, sino que ese acto de contrición que haces, quieres, pides a Dios que, a través de la Iglesia, te sea perdonado.

Hoy en día estamos las cosas de Dios: "*Ya me arreglo yo con Dios, ya me arreglo yo con Dios*", el perdón lo recibo a través de la Iglesia, a través de la iglesia, no con mi subjetivismo que hago las cosas a mi medida.

5) Y quinto punto, hemos dicho, examen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de enmienda, confesar los pecados a sacerdote, **cumplir la penitencia: es la reparación, convertirse en apóstol de misericordia**.

   Cuando uno se ha confesado, lo ha hecho bien, se convierte en apóstol de misericordia. La penitencia sacramental no es el precio que pagamos por el perdón, el perdón es gratuito, la penitencia es más bien un signo de nuestra conversión, y una ayuda para reparar y para sanar las consecuencias del pecado.

   El que ha recibido misericordia se convierte en apóstol de misericordia, el sacramento no termina en el confesionario, el que ha sido perdonado aprende a perdonar, a pedir perdón, a reparar el daño causado, a tener paciencia con las debilidades ajenas.

   Ojo a esto, porque a veces suele ocurrir que una persona que ha sido…, que igual estuvo alejada de Dios, y tuvo una conversión fuerte, puede ser tentado de no tener paciencia con los pecadores. Eso suele ocurrir, que a veces hay, por ejemplo, igual te encuentras con una persona que es superintolerante, superintolerante, que no acepta que nadie fume, porque si le ve alguien fumando se pone super…, y le dije a uno: "*Tú antes eras fumador, ¿verdad?*", dice: "Sí", "Es que se te nota". A ver, lo que no puede ser es que a veces uno caiga en la tentación, caiga en la tentación de volverse intolerante con los…, "*Ten cuidado con eso. Dios tuvo misericordia de ti, te arrancó de ese vicio, ahora tú ten misericordia con los demás, no digo que les digas que te parece bien, no, pero el demonio es capaz de intentar sacar provecho hasta de tu conversión, volviéndote ahora en intolerante, ¿sabes no?, Dios tuvo misericordia contigo. ¿Cuántos años fumaste? 25, pues ahora ten un poquito de paciencia con los demás. Ellos tendrán su momento de gracia. A ver cuando les llega. No pretendas ser tú el que digas ahora a los demás…".*

   Sí, tenemos que ser también, convertirnos en apóstoles de la misericordia cuando uno ha sido perdonado, ser exigente contigo mismo y misericordioso con los demás. Ese es un buen signo de haberse confesado bien: sé exigente contigo mismo y misericordiosa con los demás, no hagas al revés ¿eh?, que seas exigente con los

demás y contigo de manga ancha, no, eso no puede ser. Si nos hemos confesado bien, la cosa tiene que ir en ese orden: sé exigente contigo mismo, sé fiel, sé perseverante y sé apóstol de la misericordia, de la misericordia con los demás.

En síntesis, en síntesis, os recuerdo que el título de esta reflexión es "*Eucaristía y reconciliación, expresiones de misericordia*". Bien:

- ✓ **En la Eucaristía**, en ella Cristo nos dice, "*Me entrego por ti*."
- ✓ **En la reconciliación** Cristo te dice: "*Te perdono*."
- ✓ **Y en ambos sacramentos** nos dice: "*Ahora ve y haz tú lo mismo*.", en los dos sacramentos nos dice: "*Ahora ves tú y haz lo mismo":*
    - *Sé tú Eucaristía para los demás: que tu vida sea una entrega eucarística por los demás.*
    - *Que tu vida también sea un perdón: que tú, que has sido perdonado, te conviertas en perdonador, en perdonador.*

    "Ahora ven y haz tú lo mismo".

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Amén.